



Agosto de 1953: Se rubrica en Roma el Concordato con la Santa Sede, y los miembros de la Delegación signataria española, presidida por el ministro Sr. Martín Artajo, son recibidos por Su Santidad.

LA POLITICA INTERNACIONAL DE FRANCO

Por TOMAS BORRAS

PARECE una lección. España sale de la Cruzada con tales destrozos, debidos a la consigna de "tierra quemada" que los rojos imponen a sus huestes, sin las reservas de oro que varias generaciones ahorrativas habían acumulado en el Banco de España—y en sus cajas particulares—, todo ello robado por los mentados rojos, con la hostilidad del mundo llamado "democrático", atizada por las intrigas y los dineros sustraídos en la forma dicha; sale de la guerra en condiciones tales, que parece necesitar medio siglo de paz, orden y ayudas exteriores para reconstruirse. Paz y orden, los tiene; auxilios, le son negados, y a cambio de su lealtad y colaboración con los aliados en la contienda de 1939 a 1945, sólo recibe agresiones, desprecio, la más negra ingratitude. ¡Y a pesar de todo, el milagro español se realiza! ¡Y comiendo pan de garbanzos, sin bastante luz ni energía eléctrica industrial, con poco cemento, sin créditos y sin dinero, se levanta de la postración y se alza, par entre iguales, hasta convivir en todos los órdenes con las naciones más poderosas! Milagro, sí. La diplomacia tiene una gran parte en este milagro. Vamos a ver cómo.

Antes de la victoria, ya Franco, con su

ministro, el inolvidable conde de Jordana, sentó los jalones de una Política internacional adecuada a los intereses españoles y a la paz del mundo, construyendo ese edificio peninsular perfecto, que se titula "Pacto Ibérico", luego "Bloque", el cual no sólo garantiza la seguridad de ambas naciones, sino que corrobora la amistad entre ellas. Amistad peninsular, que los rojos, en su época de desgobierno, habían querido sustituir con la guerra peninsular, atacando a Portugal (recuérdese el episodio del "Turquesa") y trazando planes, luego para que Portugal se añadiera al proyectado grupo "Repúblicas Socialistas Soviéticas Ibéricas". El Caudillo había hecho, también antes de 1939, declaraciones de severa condenación del comunismo agresor. Así, pues, entramos en la paz de nuestro triunfo con las siguientes líneas trazadas por la clarividencia y la prudencia de Franco: intimidad con Portugal, anticomunismo, neutralidad en las guerras entre cristianos, amistades por afinidad (Hispanoamérica, Pueblos árabes), paz exterior e interior. Estos objetivos han sido continuamente observados, y aún ampliados, a lo largo de más de veinte años. O sea, que la Política internacional de Fran-

co se distingue por sus objetivos netos y claros, y por la fidelidad a los mismos, en tiempos malos como en tiempos de bonanza.

Durante la conflagración mundial número dos (1939-1945), la posición de España es sumamente difícil. Hitler desea atacar a Inglaterra por Gibraltar, evitando así el proyectado desembarco aliado en el Norte de Africa, que conducirá al derrumbamiento de Italia. Presiona sobre Franco, ofreciéndole Gibraltar y otras buenas ganancias. Franco presta a los aliados el inestimable servicio de contener a Hitler en Hendaya; de permanecer con los brazos cruzados cuando el famoso desembarco (que decide la guerra) tiene su principal base en Gibraltar; de ver, asimismo pasivo, cómo el Norte de Africa es el frente donde la maniobra conduce al primer triunfo estratégico contra el Eje. Roosevelt le escribe una carta afectuosa. Franco evita con su conducta que la línea de fuego, en vez de saltar por Sicilia a Italia, hayan de establecerla los aliados en Dakar, Marruecos y España, neutrales, eran la clave. Y si España entra en la guerra, Marruecos hubiera sido también empujado por la España beligerante a favorecer a Hitler.

Es cosa que no debemos olvidar los españoles... ni deben olvidar los aliados.

No es pasivo, sin embargo, con Rusia. La División Azul, gloriosa unidad de voluntarios, demuestra que, como siempre en esta época, nos adelantamos a los acontecimientos. Cuando los muchachos yanquis se batían en Corea, y los franceses en Indochina, no hacían sino imitar a la División Azul, que marcó con precisión quién era el único enemigo: ¡la U. R. S. S.! Todo lo que ha sucedido desde 1946 en adelante corrobora la previsión de aquella célebre unidad, adelantada en el tiempo, señaladora, como decimos, de la senda a seguir y del adversario a contener.

Hay que destacar que Franco, en 1943, escribió sendos mensajes al embajador inglés en Madrid, y a Mr. Churchill, primer ministro, dándoles la voz de alarma por el avance ruso dentro de territorios europeos, y avisándoles de que el entonces aliado suyo se preparaba para quedarse con naciones enteras como botín, y proféticamente les auguraba que, de no detener con energía su ambición, se crearía un peligro para el porvenir, en el cual se había de ver envuelto el mundo. Tanto el embajador como Churchill, le contestaron negando esos supuestos. El tiempo ha demostrado la clarividencia del Caudillo.

Así se llega a 1946, año dramático para España, en el que se demuestra la habilidad diplomática del Jefe del Estado, así como su serenidad. Y cuyas iniciativas, justo es decirlo, son ejecutadas por un Cuerpo diplomático que ha pasado por trances en extremo críticos. Por entonces fueron ministros de Asuntos Exteriores los señores Lequerica y Martín Artajo.

Fué el año en que se condenó a España por la O. N. U. como "potencialmente peligrosa para la paz". Las dádivas, corrupciones y traiciones de los rojos desespañol-

lizados, pero vengativos, originaron tamaño atropello. Se nos retiraron los embajadores, Francia cerró su frontera y España quedó aislada del mundo y tratada de apesadumada. Era el pago a nuestra ayuda a los aliados durante la guerra de hacía un año.

Claro que los agresores no conocían nuestro temple. Unidos en torno al Caudillo, rechazamos la injusticia patente. Nada consiguieron los rojos y sus cómplices. Habían soñado con introducirse otra vez en la "tierra quemada" y robada por ellos con otros "cien mil Hijos de San Luis", y la calma del Caudillo, sus gestiones y la viril actitud del pueblo unánime hicieron retroceder a los atacantes. Algunos países se opusieron a la legalización de la iniquidad. A fines de año llegó el embajador de la Argentina, primer país que se negó a secundar el atropello. Los países hispanos, salvo algunos dominados por el filocomunismo, así como Filipinas, nos ayudaron en el trance.

Y poco a poco fueron todos restableciendo las relaciones de nuevo, y Francia tuvo que volver sobre sus pasos y derrotarse a sí misma. No sin crear graves complicaciones con sus "escuelas de terrorismo" y ataques por los Pirineos al territorio español. Y con suma habilidad lo dominó Franco. Y la paz cancelleresca volvió a reinar donde nunca la había nadie alterado en perjuicio de nadie.

La labor continua de nuestros diplomáticos, prosigue con Martín Artajo en el Ministerio. Poco a poco se logra tomar posiciones, una tras otra, y se le va reconociendo a nuestro país la misma calidad que a otro pacífico e importante, y el derecho a intervenir en la vida común. 1952 trae a nuestro acervo un valor positivo y nuevo: la constitución del Instituto de Cultura Hispánica. Hay viajes oficiales a los países árabes, hay convenios con los Estados de habla castellana, hay acercamiento a cuantas potencias no proceden con sectarismo.

En 1953 se originan hechos que obligan a denominarle como "reverso" del de 1946. Se rubrica en Roma el Concordato con la Santa Sede y los convenios "De ayuda para mutua defensa", "Ayuda económica" y "Defensivo" con los Estados Unidos se firman en Madrid. La labor silenciosa, tenaz, inteligente, patriótica de Franco, con sus auxiliares, culmina en la estruendosa victoria española, otra más; con la entrada a todo honor en el grupo responsable y director de las potencias de primer orden. El salto ha sido asombroso.

Lo que sigue es consecuencia de la nueva posición mundial de nuestra Patria. En 1956 se admite un observador español en la O. N. U.; firma España en Washington el acuerdo de "Átomos para la paz"; en seguida es admitido nuestro país como miembro de la misma O. N. U. que le ofendiera. El desquite es magistral. Después de ese acontecimiento, la política internacional española sigue fiel a sus principios, trazados ya en 1936: Portugal, Marruecos, los países de habla hispana, los países árabes, son considerados con calor por nuestras cancillerías; es leal colaboradora de los Estados Unidos en su lucha contra el enemigo común, Moscú; afirma sus excelentes relaciones con todos los pueblos no comunistas. Y con la Santa Sede. Política que prosigue, desde su puesto de ejecutante el señor Castiella y que el Caudillo perfecciona y amplía, con gran beneficio de nuestros intereses.

En Marruecos demostró Franco cuán sólida es su convicción, cómo carece de ambiciones imperialistas y su horror a la aventura peligrosa. Cuando se litigaba el pleito del trono, sostuvo los derechos del Sultán legítimo, y sostuvo la fidelidad a lo firmado en el Acta de Algeciras. Y al tramitarse la independencia de Marruecos,

no sólo no opuso reparos ni la estorbó, sino que fué favorecida con su actitud y la inmediata entrega del emporio que era la zona norte, "zona feliz" como la llamaban los propios marroquíes; la que tantos sacrificios y dinero costó a España. No puede darse una más escrupulosa conducta ni mayor respeto a los compromisos internacionales.

Pero al llegar la hora de la negra ingratitud—aludimos a los sucesos de Ifni y el Sáhara español—supo Franco mantener enérgicamente nuestros derechos. No sólo rechazó a los criminales que atacaron a traición puestos desprevenidos y desguarnecidos, sino que confirmó que eran provincias (territorio nacional) Ifni, el Sáhara, además de Ceuta y Melilla, para que no hubiera dudas.

Queda Gibraltar. Varias veces, como es constante histórica desde el despojo, se ha tratado de convencer a los ingleses en esta etapa, de que la devolución, además de ser obra de justicia, es de suma conveniencia general. El Caudillo ofreció una fórmula que salvaguardaba los intereses de Inglaterra, y aún los ampliaba. La oferta está en el aire. A la prudente y civilizada propuesta de Franco los españoles esperamos que alguna vez Inglaterra conteste, de modo afirmativo. Así acabará la última colonia que existe en tierra europea.

Este esquema levisimo corrobora lo que en 1956 dijo un embajador extranjero al ser firmados en Madrid los convenios entre España y los Estados Unidos: "Por primera vez desde Carlos II, España tiene política internacional." Y política grande, precisa, segura y conveniente agregamos los españoles. Política que parece una lección, y lo ha sido.

T. B.



El conde Jordana, que, desde antes de la victoria, había secundado a Franco en sentar los jalones de una política internacional adecuada.



Don Fernando María Castiella, a quien actualmente compete la ejecución de aquella política sostenida del Caudillo, ampliada y perfeccionada con el tiempo.